

Eurípides

=Introducción al volumen que contiene las admirables versiones en verso inglés que hizo Sir Gilbert Murray del *Hipólito* y de *Las bacantes* de Eurípides y de *Las ranas* de Aristófanes. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para *Repertorio Americano*=

4.—Véanse las entregas 7, 8 y 9.

Hemos visto, en Tucídides, el cambio que se había operado en la sociedad ateniense en estos últimos años de una lucha de vida o muerte. Si a Tucídides—como es posible que haya sido—la situación le parecía peor de lo que en realidad fuese, recordemos que para el temperamento, más impulsivo, y para las esperanzas, no menos fallidas, de Eurípides el estado de cosas no podía parecer mejor. Sabemos que en estos años el poeta se había vuelto más y más impopular en Atenas; y no es difícil, si examinamos los grupos y partidos políticos de la época, comprender su aislamiento.

La mayoría de los individuos ponderados y de elevada mentalidad habían quedado, hasta cierto punto aislados, y muchos se habían ocultado quietamente a la luz pública. Pero Eurípides no era tipo que se callara la boca porque le agobiara la tribulación de sentirse desechado. Su carácter no era ni conciliador, ni callado, ni insensible. Y a la larga ocurrió algo que le hizo intolerable seguir viviendo en Atenas. Precisamente qué sería, no lo sabemos. No puede haber sido la destrucción de su propiedad, porque cuando, eso ya hacía años que le habían destruido su hacienda. No puede haber sido que lo dejó su esposa, como algunos han alegado, porque, por ese tiempo, ya era ella vieja de setenta años o había muerto. El motivo de la huida de Eurípides quizás haya tenido que ver con el enjuiciamiento que se le siguió por impío: La acusación de que pocos años después se valieron para matar a Sócrates. Cuanto sabemos es lo que nos dice el fragmento de una frase de la antigua *Vida de Eurípides*: «Tuvo que dejar Atenas a causa de la malignidad en contra suya con que grandemente se complacía casi toda la ciudad.»

Arquelao, Rey de Macedonia, hacía tiempo que lo había invitado a su reino. Entre sus papeles el poeta tenía un drama llamado *Arquelao*, escrito para celebrar el ancestro legendario del rey, de manera que puede ser que, desde mucho antes de su fuga, pensaba buscar refugio en Macedonia. Ahora se dirigió a esa tierra y parece haber vivido allí en inculto y apartado lugar, en la falda norteña del Monte Olimpo, el país sagrado de las Musas, región que describe así:

Entre bosques de robles y de olmos,
donde en tiempos antiguos Orfeo
su lira tañía,
y las flores abrieron los ojos,
y los árboles, libres de sueño,
al son de la lira
alzaron los brazos en danza,
y ardientes pupilas—
de fieras que el canto amansaba—
con límpidas lágrimas húmedas
tuvieron visión de la música
por valles quebrados y agrestes colinas.

El espíritu del lugar se entró en sus escritos. En el 408 había producido el

Orestes. Por cuanto se sabe, no produjo nada en el 407. En el 406 murió. Después de su muerte se representó en Atenas, bajó la dirección de su hijo, un drama que durante cinco siglos mantuvo su popularidad en el teatro griego: Una tragedia enigmática, inhumana, a veces francamente repulsiva, pero tan fuerte y tan llena de belleza como las mejores obras de su primera madurez.

Junto con *Las bacantes* se representaron otras dos obras suyas, también inéditas (1). De una de ellas, el *Alcmaeón en Corinto*, no conocemos ningún rasgo saliente; la otra, *Ifigenia en Aulida*, es notable en muchos sentidos. De fondo potente y amargo, como el de los demás dramas de su última época, la pieza toda ella está repleta, sin embargo, de pasajes y escenas de la más romántica belleza: y, por último, quedó inconclusa. Es de imaginarse que la comenzó en Atenas, o, por lo menos, antes de que el acerbo sabor se le quitara que Atenas le había dejado en el paladar; que trató después de bajarle el tono amargo a un tono de cierta bondad y hermosura, y que, sin terminarla, la hizo a un lado para dedicarse a un drama enteramente nuevo, de otro estilo, que expresara este espíritu que acababa de descubrir.

Porque *Las bacantes* está en un estilo no sé cómo distinto del de sus demás obras, lo mismo del de las primeras como del de las últimas. El viejo poeta escogió un tema singularmente sencillo y hasta bárbaro. Se parece pero mucho a lo que llamaríamos un Misterio o Auto Sacramental. Dionysos, el joven dios nacido de Zeus en Sémele, princesa tebana, viaja por el mundo anunciando el evangelio de su divinidad, llega a su propio pueblo de Tebas, y su propio pueblo se niega a recibirlo. Rehusan adorarlo sencilla y voluntariamente, y él los obliga a que lo adoren con el entusiasmo de la locura. El Rey, Penteo, insulta y encarcela al dios, espía los ritos místicos de su culto, lo descubren las santas frenéticas de esa religión y lo descuartizan: su propia madre, Agave, es la primera en destrozarlo.

No tiene objeto pretender que esta historia entraña enseñanza moral, ni que está imbuida de cosa alguna que la haga amable, ni que Eurípides atenúa su atrocidad y procure justificar a Dionysos. Eurípides nunca atenúa nada. Toma el cuento salvaje y lo deja tan salvaje como lo halló. La simpatía que despierta en el público favorece a Dionysos mientras le persiguen, titubea cuando el dios comienza su venganza, y hacia el final del drama se vuelve de lleno en contra de él. Obsérvese cómo Agave, cuando recobra el juicio, se niega a pensar más en el dios de mezquino amor propio lastimado:

(1) Las tragedias atenienses se representaban en trilogías, y no siempre las tres piezas de una representación tenían temas consecutivos o conexos.—Tr.

AGAVE

Lo veo ya: Dionysos hizo esto.

CADMO

Lo negasteis y el dios estuvo presto a vengar su decoro así ultrajado.

AGAVE

¡Enséñame el cadáver adorado de mi hijo!

Obsérvese también que Dionysos nada replica, no tiene réplica que dar, cuando Agave lo reprende:

DIONYSOS

Siendo yo Dios me hicisteis mofa. Anciana, recoge el premio que tu burla gana.

AGAVE

¿Ha de ser Dios, su vanidad herida, como el mortal de corta y torpe vida que se arma de furia?

DIONYSOS

Todo ha sido como Zeus, mi padre, lo ha querido desde hace mucho tiempo.

Respuesta de quién no tiene nada razonable que alegar, razón fatalista, razón que significa abandono del punto de vista moral del asunto.

Pero el punto más significativo en, contra de Dionysos es el cambio de tono—la conversión, nos atreveríamos a llamarlo,—de sus propias *Fieras Bravías* inspiradas,—el Coro de Bacantes asiáticas—, cuando Agave regresa llevando la cabeza cortada de su hijo. El cambio se palpa en esa maravillosa escena y se subraya en las que siguen. Las salvajes cantadoras que con tan altas voces loaban la venganza del dios antes de saber en qué consistiría, se quedan, de repente, en cuanto se dan cuenta de ella, hundidas en un silencio mortal. Es cierto que hay en el manuscrito una laguna en cierto pasaje, de modo que es posible que algo hayan tenido que decir; pero tal y como nos haya llegado la tragedia, la Corifeo habla sólo dos versos que dirige a Cadmo a quien el dios le ha hecho daño tan grave:

Penteo mereció duro castigo.

¡Pero mi corazón llora contigo!

Y el Coro se va sin que haya dicho nada, ni en bien ni en mal, de su Dionysos triunfador y odioso, pronunciando sólo versos de resignación meditabunda del tenor de las con que Eurípides concluye tantas de sus tragedias.

Ese silencio, en semejante situación, mucho significa. Eurípides, como siempre, es crítico y aún hostil para con el tono moral del mito que celebra. Nada hay en ello que nos sorprenda.

Hay quienes han intentado imaginarse que Penteo es héroe «simpático»; que tiene razón en haber emprendido cruzada contra este dios perverso, que es tan inocente como Hipólito. Pero esa opinión carece de fundamento en cuanto nos ponemos a examinar el caso. Eurípides pudo haber hecho simpático a Penteo, si hubiera querido. Y se vé que no quiso. No. Por lo que toca al conflicto entre Dionysos y el Penteo, Eurípides no ha hecho más que seguir un método que acostumbraba, el método, por ejem-